29.

ELEMENTOS HISTÓRICOS Y AUTOBIOGRÁFICOS EN *MIENTRAS ALLÍ SE MUERE*, NOVELA INCONCLUSA DE ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN

BEATRIZ COMELLA GUTIÉRREZ[1]

Introducción

Ernestina de Champourcín, una de las escasas mujeres literatas de la Generación del 27, es bien conocida y estudiada, tanto en España, como en México y Norteamérica, especialmente por su obra poética, pero también por sus traducciones, ensayos y artículos de crítica literaria[2]. No obstante, su producción como escritora en prosa es escasa y, por ello, di-

1. Universidad Nacional de Educación a Distancia. bcomella@edu.uned.es; https://ordid.org/0000-0002-4749-7742

2. Sobre la figura de Ernestina han escrito, entre otros, Ascunce, José Ángel: *Ernestina de Champourcín. Poesía a través del tiempo*. Barcelona, Anthropos, 1991. Arizmendi, Milagros (ed.): *Antología de Ernestina de Champourcín*. Málaga, Centro Cultural Generación del 27,1997. Villar, Arturo del: *El doble exilio de Ernestina de Champourcín,* en «Cuadernos Republicanos» 24 (1995), Fernández Urtasun, Rosa: «Ernestina de Champourcín: una voz diferente en la Generación de 27» en *Hipertexto* 7, 2008, pp. 18-37 y Uceta, Acacia: *Ernestina de Champourcín, la voz femenina del 27,* en *Españoles en el exilio. Una aproximación desde la actualidad.* Madrid, Ateneo, 2002, pp. 25-31.
La obra de Ernestina de Champourcín ha merecido, antes de su fallecimiento en 1999, diversos reconocimientos públicos como el Premio Euskadi de Literatura en castellano en su modalidad de Poesía (1989); desde ese año, la Diputación Foral de Álava convoca anualmente el Certamen Ernestina de Champourcín de Poesía (euskera y castellano). Asimismo, ha recibido el Premio Mujeres Progresistas (1991), la nominación al Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1992) y la Medalla al Mérito Artístico del Ayuntamiento de Madrid (1997). Tras su muerte, el Ateneo de Madrid le rindió homenaje en 2002 junto a figuras relevantes de su Generación.
En 2005, con motivo del centenario de su nacimiento, se celebraron diversas conmemoraciones en Madrid, Vitoria y Navarra. Por una parte, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales organizó en la Residencia de Estudiantes un acto de reconocimiento a su figura humana y literaria. En Vitoria-Gasteiz, su ciudad natal, tuvo una exposición conmemorativa y un Congreso Internacional

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

fundida en menor medida[3]. En su legado literario, se percibe una primera incursión, breve y remota en el tiempo, en el ámbito de la narrativa. Efectivamente, el 23 de mayo de 1936, la editorial madrileña *Signo* publicaba su primera novela, bajo el título *La casa de enfrente*[4].

Ese mismo año, o poco después, debió iniciar una nueva novela *Mientras allí se muere*, ambientada en la Guerra Civil española, de la que únicamente llegaron a publicarse dos capítulos (veinticinco páginas en la edición consultada) que aparecieron respectivamente, en las revistas *Hora de España* en julio de 1937 y en *Rueca*, ya en México, en otoño de 1941[5].

---

sobre *Mujeres y cultura en el siglo XX*, cuyas actas fueron publicadas por José Ángel Ascunce y Rosa Fernández Urtasun, en la editorial Biblioteca Nueva. Ese mismo año, la familia de Ernestina donó su biblioteca y archivo personal a la Universidad de Navarra, que a través del Grupo de Investigación en Historia Reciente (GIHRE) convoca anualmente el *Premio Ernestina de Champourcín,* para promover estudios sobre mujeres relevantes del mundo contemporáneo.

3. Ernestina es autora de dieciocho libros de poemas: *En silencio*. Madrid, Espasa-Calpe, 1926; *Ahora*. Madrid, Imprenta Brass, 1928; *La voz en el viento*. Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1931; *Cántico inútil*. Madrid, Aguilar, 1936; *Presencia a oscuras*. Madrid, Colección Adonais, Rialp, 1952; *El nombre que me diste,* México, Finisterre, 1960; *Cárcel de los sentidos*. México, Finisterre, 1964; *Hai-kais espirituales*. México, Finisterre, 1967; *Cartas cerradas*. México, Finisterre, 1968; *Poemas del ser y del estar*. Madrid, Alfaguara, 1972; *Primer exilio*. Madrid, Rialp, 1978; *Poemillas navideños*. México, 1983; *La pared transparente*. Madrid, Los Libros de Fausto, 1984; *Huyeron todas las islas*. Madrid, Caballo Griego para la Poesía, 1988; *Antología poética* (prólogo de Luz María Jiménez Faro). Madrid, Torremozas, 1988; *Los encuentros frustrados*. Málaga, El Manatí Dorado, 1991; *Poesía a través del tiempo*. Barcelona, Anthropos, 1991; *Del vacío y sus dones*. Madrid, Torremozas, 1993; *Presencia del pasado (1994-1995)*. Málaga, Poesía circulante, núm. 7, 1996; *Cántico inútil*, *Cartas cerradas*, *Primer exilio*, *Huyeron todas las islas* (2ª ed.). Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1997. Además, es autora de unas cuarenta traducciones del francés e inglés al español, y de más de cincuenta artículos, prólogos y comentarios literarios. También han tenido eco otras dos obras suyas en prosa; *Dios en la poesía actual*, antología publicada en 1970 por la Biblioteca de Autores Cristianos y *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*. Madrid, Los libros de Fausto, 1981, de carácter autobiográfico.

4. Sobre esta obra, se puede leer la introducción de Urioste Azcorra, Carmen: *Ernestina de Champourcín, La casa de enfrente*, seguido de dos capítulos de *Mientras allí se muere*. Sevilla, Renacimiento. Biblioteca de rescate, 2013, pp. 13-22 y Landeira, Joy: *Ernestina de Champourcín, vida y literatura*. Madrid, Sociedad Cultural Valle-Inclán, 2005, pp. 125-154. Posteriormente, publicó *María de Magdala*. México D.F., Proa, 1943; 2ª ed. 2015. Ariccia, Aracne editrice. Edición a cargo de Magdalena Aguinaga Alfonso.

5. Por un lado, *Hora de España* fue una revista mensual, de la que se publicaron veintitrés números, entre enero de 1937 y noviembre de 1938, en plena Guerra Civil, desde la zona republicana (en Valencia durante 1937, en Barcelona durante 1938). Surgió, según se indica en el prólogo de su número inicial pensando en «los camaradas o simpatizantes esparcidos por el mundo (...) que recibirán inmensa alegría al ver que España prosigue su vida intelectual o de creación artística en medio del conflicto gigantesco en el que se debate».
Por otro lado, *Rueca* fue una revista literaria fundada y editada por jóvenes universitarias de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre el primer y el

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Este nuevo proyecto narrativo no tuvo continuidad porque, como reconoció años más tarde la propia autora, le faltaba perspectiva para escribir una novela de guerra, recién iniciado el conflicto[6]. Sin embargo, como veremos, la descripción de los hechos y el ambiente revolucionario que describe es sumamente gráfico y perspicaz.

Mientras allí se muere consta de dos capítulos protagonizados por Camino, una auxiliar de enfermería voluntaria en un hospital de sangre y su amiga África Millares, directiva de un centro de acogida de menores huérfanos, en los primeros meses de la guerra civil en Madrid. En el primer capítulo, ambientado en el orfanato, se describe la situación de las niñas procedentes de instituciones benéficas del entorno próximo a Madrid, regentadas hasta entonces por religiosas. La Junta de Beneficencia y mujeres voluntarias se ocupan de instalarlas en un convento incautado e inician un plan de reeducación basado en los principios higienistas y políticos comunistas. Camino acude a recoger a varias niñas que necesitan una revisión médica. Durante el trayecto en coche al hospital, se describe la vida diaria de milicianos, amas de casa y refugiados en el caótico Madrid de otoño del 36. El segundo capítulo, se centra en la actividad de Camino en el hospital al que llegan los heridos de los frentes de guerra cercanos a la capital; describe el cuerpo médico, ayudantes y voluntarios[7]; explica la situación física y psicológica de los ingresados y su relación con el personal sanitario; pero, además, la protagonista vuelve a *asomarse* a las calles del Madrid revolucionario.

Ambos fragmentos poseen un indudable sentido autobiográfico y valor histórico, que se describirá más adelante[8].

último número de la revista, del otoño de 1941 al invierno de 1951-1952, transcurrió un periodo de once años, a lo largo de los cuales se publicaron 20 números. Tuvo una periodicidad intermitente, por lo general trimestral. El grupo fundador estuvo conformado por Carmen Toscano, María Ramona Rey, María del Carmen Millán, Ernestina de Champourcín, Emma Saro, Pina Juárez Frausto y Laura Elena Alemán. Dichas revistas han sido estudiadas por Caudet Roca, Francisco: *El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971).* Madrid, Fundación Banco Exterior,1992.

6. La propia Ernestina en su libro *La ardilla y la rosa. Juan Ramón en mi memoria...,* p. 43 reconoce esta falta de perspectiva.

7. El personal del hospital (cuyos nombres son ficticios, salvo alguna excepción) estaba formado por el Dr. López Amo, director médico; el Dr. Valentín Salnés, cirujano; Dr. Ríos, internista; José Manuel Carballo y Enrique Arce, médicos residentes; enfermeras voluntarias: Camino (asume el papel de la propia Ernestina), Beatriz Hinojares, Gabriela Foster (a la que se puede identificar con la química norteamericana Mary Louise Foster (1865-1960), directora del Laboratorio de la Residencia de Señoritas) y Adelina Quirós. La promotora del hospital, «Susana Ribera de Alcaide, esposa de un alto personaje a quien su talento y actualidad política destacaban en primer lugar» puede identificarse claramente con Lola Rivas Cherif (1904-1993), esposa de Manuel Azaña, que trabajó como enfermera en Madrid, al inicio de la Guerra, p. 206.

8. Urioste Azcorra, Carmen: *op. cit.*, pp. 12-13.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Historia de una ruptura personal e ideológica: 1926-1936

El año 1936 ha marcado un antes y un después en la vida de muchos españoles. También para Ernestina de Champourcín y su familia. Su padre, Antonio Michels de Champourcín, natural de Barcelona, era de origen francés; un abogado culto, monárquico y liberal, cercano a Alfonso XIII, que validó su título de barón. Su madre, Ernestina Morán de Loredo Castellanos, nació en Montevideo, hija de un acaudalado militar de raíces asturianas. Ernestina vino al mundo el 10 de julio de 1905 en Vitoria, donde veraneaba el médico de su madre. La poeta tuvo tres hermanos: Jaime, Adolfina y María Luisa; todos aprendieron francés e inglés con institutrices nativas, creciendo en el ambiente refinado de la casa familiar de la calle Barquillo, 23[9]. Su padre poseía una nutrida biblioteca en la que Ernestina se transformó en lectora precoz y empedernida. Tuvo predilección por clásicos franceses como Víctor Hugo, Lamartine o Verlaine; místicos castellanos como santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz; más adelante, leyó a Valle-Inclán, Concha Espina, Rubén Darío y, especialmente, a Juan Ramón Jiménez, su mentor literario, que le recomendó un acercamiento a la literatura inglesa de Keats, Shelley o Yeats.

En verano, se desplazaba con su familia a La Granja de San Ildefonso (Segovia), donde se encontraba la familia real y su corte. Al finalizar las vacaciones, la futura poeta y sus hermanas volvían al Colegio del Sagrado Corazón de la calle Caballero de Gracia[10]. Posteriormente, se matriculó como alumna libre en el Instituto Cardenal Cisneros (cerca de la Plaza de España) y recibía clases con profesores particulares en su casa. Obtuvo el título de bachiller y biblioteconomía en 1920. Aunque quiso estudiar Filosofía y Letras, no aceptó la imposición, frecuente entonces, de ser acompañada por una mujer de confianza de la familia y renunció al título universitario. Esta decisión potenció su formación autodidacta y su espíritu libre. Progresivamente, Ernestina se unió a la vanguardia cultural y fue distanciándose de su ambiente familiar.

El 4 de noviembre de 1926, María de Maeztu, discípula de Ortega y Gasset, y la poeta Concha Méndez fundaron el Club Lyceum, con sede en la Casa de las Siete Chimeneas (calle Infantas, 31, actualmente Ministerio de Cultura). Sus vicepresidentas fueron Victoria Kent e Isabel Oyarzábal. Entre las asociadas del Lyceum estaban las señoras de notables republicanos: Pérez de Ayala, Álvarez del Vayo, Besteiro, Ortega y Gasset, Marañón. Zenobia Camprubí actuaba como secretaria y Ernestina se hizo cargo de la sección de Literatura, junto a María Baeza; también colaboró en la de Hispanoamérica, con Paulina Luisi, Alfonsina Storni y la recitadora Berta Singerman.

Al Club Lyceum acudían mujeres de diversa extracción social; pero su cuadro dirigente estaba formado por una elite de mujeres con un nivel cultural muy superior a la media

9. Muy cerca, por tanto, de la sede actual del Instituto Cervantes. Desde 2017, en el portal de su casa familiar luce una placa conmemorativa que recuerda a la poeta y traductora.

10. Dicho colegio dejó de existir por las obras en la Gran Vía a partir de 1929. Años más tarde, tras la Guerra, se inauguró la nueva sede en la calle Ferraz, 63.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y relacionadas con la Institución Libre de Enseñanza[11]. De hecho, la instauración de la República fue bien recibida en el Club Lyceum y por la propia Ernestina[12].

Otro punto de encuentro de Champourcín con intelectuales republicanos desde 1926, fue el grupo formado por Rafael Alberti, Manuel de Altolaguirre y su esposa Concha Méndez, además de las tertulias con Juan Ramón Jiménez o sus contactos con Rosa Chacel, Carmen Conde o Josefina de la Torre. También frecuentaba Ernestina la Librería Sánchez Cuesta, situada en la Calle Mayor y atendida por el poeta Luis Cernuda, del que fue gran amiga. En 1930, Ernestina conoció a Juan José Domenchina, poeta y más adelante secretario personal de Manuel Azaña, en el taller de pintura que los hermanos Zubiaurre, amigos comunes, tenían en la calle Cedaceros. Tenía siete años más que ella y su relación fue inicialmente de camaradería y amistad cultural: acudían juntos a conciertos, exposiciones y conferencias[13].

En esos años, se fraguó lentamente la ruptura ideológica y personal de Ernestina con su familia, a quien no le cayó bien la relación de su hija con un poeta republicano. En 1926, año de la publicación de su primer poemario *En silencio*, consiguió editarlo gracias a la ayuda financiera de su padre, el barón de Champourcín, que todavía estaba orgulloso de su hija primogénita. En primavera del 36, Ernestina presentó en la Feria del Libro de Madrid *Cántico inútil*, un nuevo libro de poemas, reseñado en la prensa por Juan José, que editó su primer volumen de *Poesías completas*. Para ambos significó el inicio de su madurez literaria y el afianzamiento de su relación, al margen de las opiniones políticas de sus respectivas familias.

Al estallar la Guerra Civil, la familia de Ernestina se refugió en una sede diplomática (primero en la de Uruguay, calle Príncipe de Vergara, 36 y después en la de Checoslovaquia, actual sede del Defensor del Pueblo, en la calle Fortuny) hasta que fue evacuada por la Cruz

11. La finalidad del Club Lyceum era doble: promover actividades culturales para sus socias y emprender iniciativas de carácter social, a fin de ayudar a desfavorecidos que se materializó con la creación, en 1929, de la *Casa de los Niños*, guardería para hijos de mujeres trabajadoras.

12. Véase Pozo Andrés, María del Mar: «Actividades culturales y pedagógicas del Lyceum Club Femenino de Madrid», en *La Educación en la España Contemporánea. Cuestiones Históricas*. Madrid, Sociedad Española de Pedagogía, 1985, pp. 203-213.

13. Juan José Domenchina Moreu (Madrid, 1898-México D.F.1959) pertenecía a una familia acomodada católica. Su padre era ingeniero de caminos y falleció en 1907, dejando a su viuda con dos hijos y dos sobrinos huérfanos a su cargo. Vivían en la calle Serrano, 48, en pleno barrio de Salamanca. Juan José consiguió el título de maestro en la Escuela Normal de Toledo, donde su tío era gobernador civil. Después se matriculó en la universidad, pero no llegó a terminar ninguna carrera. Se dedicó a la poesía y trabajó como crítico literario en conocidos diarios y revistas, con el pseudónimo de Gerardo Rivera. Asistía a una tertulia literaria en el café Regina, en el que se reunían políticos y literatos. Entre 1932 y 1936 fue secretario personal de Azaña (deseaba escribir su biografía) y, antes de la Guerra, delegado del gobierno en el Instituto del libro español. Al estallar la contienda, Domenchina no ocupaba ningún cargo político, puesto que se encontraba convaleciente de una enfermedad. Díez-Canedo, Enrique, «Juan José Domenchina», en *Estudios de poesía española contemporánea*. México, Joaquín Mortiz, 1965, pp. 178-188.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Roja Internacional[14]. Sólo Ernestina permaneció en la casa familiar hasta noviembre del 36. Este es el ambiente en el que plausiblemente se inspiró para escribir *Mientras allí se muere*.

Madrid 18 de julio-7 de noviembre 1936

Tras sofocar la sublevación en el cuartel de la Montaña, el gobierno de José Giral decidió abrir al pueblo los almacenes de armas del ejército para defender la ciudad. Fue una decisión con una grave contrapartida: en los días siguientes, se producen asesinatos y matanzas incontroladas y se aprovecha la situación para saldar viejas deudas personales o vengarse, no siempre por motivos políticos. Por la radio se oían arengas de La Pasionaria y la *Internacional*. El gobierno republicano trataba de incorporar las milicias populares al ejército regular a través de unas Brigadas Mixtas[15]. Palacios, palacetes y viviendas del barrio de Salamanca abandonadas fueron ocupadas por grupos de milicianos más o menos organizados. A veces se cumplía el Decreto del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes que ordenaba inventariar los bienes y trasladar los de más valor a las Descalzas Reales, dejando el resto en un local vigilado, pero la tentación de incumplir esa norma era demasiado fuerte. Iglesias y edificios religiosos fueron asaltados o quemados. Se inició la siniestra actividad en las checas y cárceles. A finales de julio, el Gobierno intentó unir las milicias populares al ejército regular, mientras se afianza un tórrido verano en la capital, propicio para suscitar reacciones contrarias: desde la resignación, al heroísmo, transitado por el caos.

A principios de septiembre llegó a Madrid la primera ayuda sanitaria extranjera (ambulancias desde Escocia) y a mediados los primeros oficiales rusos, franceses y belgas de las Brigadas Internacionales, mientras el ejército sublevado tomaba Toledo[16]. El 17 de octubre arriban refuerzos de material de guerra pesado soviético. El General Miaja realiza un censo de las fuerzas militares para defender la ciudad: 20.000 hombres y 44 piezas de artillería. Se moviliza a todos los hombres hábiles entre 20 y 40 años, mientras las Brigadas Internacionales se organizan en Albacete[17]. El 4 de noviembre tres de dichas brigadas alcan-

14. Las legaciones diplomáticas en Madrid sirvieron inicialmente de refugio para la población extranjera y también lugar seguro para quienes solicitaban asilo por sentir amenazada su integridad física, con el fin de salir del país de modo seguro, a través de la Cruz Roja Internacional. Parece que en noviembre del 36 los asilados eran unos 10.000 y en 1937, unos 6.000. Obviamente, gran parte de los asilados eran personas de filiación política conservadora y/o católicos. Véase Cervera, Javier: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939*. Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 339-369.

15. Estas Brigadas Mixtas solían estar integradas por 4.000 hombres cada una en octubre del 36. El jefe de la primera brigada, Enrique Líster, graduado en la Escuela Militar Rusa, organizó el Quinto Regimiento (formado por milicianos adiestrados con sede en Cuatro Caminos) encargado de custodiar al gobierno republicano hacia Valencia.

16. En Madrid llegó a haber unos 2.500 oficiales rusos.

17. Llegaron a ser un total de ocho brigadas, compuestas por un total de 800 hombres cada una.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

zan Vicálvaro, pero la capital se encuentra a tiro de los cañones de las fuerzas sublevadas, que también bombardean desde el aire. Mientras, se realizan sacas de presos de Ventas, san Antón y Porlier. Son fusilados en Paracuellos y Torrejón.

Entre el 3 y 10 de noviembre, salen una media de 6.000 madrileños en dirección a Valencia y Cataluña por Arganda. La Dirección General de Bellas Artes ordena el traslado de 500.000 libros de la Biblioteca Nacional y 2.000 obras del Museo del Prado para salvaguardar su integridad. Los días 6 y 7 una Junta Delegada de Defensa de Madrid sustituye al Gobierno, que sale hacia Valencia «para articular los esfuerzos de toda la España antifascista en servicio de la victoria total»[18].

De la biografía a la narrativa

Al estallar la contienda civil, Ernestina se puso a trabajar para cubrir necesidades perentorias de personas necesitadas; Zenobia Camprubí, dirigente de la Junta de Protección de Menores, requirió su ayuda para paliar la situación de muchos niños que han quedado desatendidos en centros regentados por instituciones católicas, debido a la persecución religiosa[19].

Ernestina acudió a limpiar y cocinar para un grupo de huérfanos y maestros voluntarios en un viejo convento cerca de la Estación de Atocha, en la calle Fúcar, 24. Además colaboró en dos guarderías organizadas por antiguas alumnas del Instituto-Escuela[20]. Algunos días contaron con la presencia de Juan Ramón Jiménez, quien sentía una especial ternura por los niños, para contarles cuentos, pero Zenobia les aconsejó prudentemente a ambos no volver por allí, ya que los milicianos de la zona se habían dado cuenta que eran personas cultas y, además, Ernestina pertenecía a una familia monárquica[21].

La joven poeta también acudía al Instituto Oftálmico de la calle General Arrando, 17, en el barrio de Chamberí, transformado en hospital de sangre por entonces, donde colaboraba con Lola Rivas Cherif, esposa de Manuel Azaña, en la atención de los heridos del frente[22].

Cuando en noviembre del 36 el gobierno de la República decidió abandonar Madrid en dirección a Valencia, ante lo que parecía una inminente conquista de la capital de España por las tropas sublevadas, Ernestina y Juan José también partieron, tras casarse civilmente,

18. Bravo Morata, Federico: *Historia de Madrid*. vol. V, Madrid, Ediciones Trigo, 2001, p. 227.

19. La Junta de Protección de Menores se hallaba por entonces en la calle Marqués de Cubas, esquina a la Plaza de las Cortes. Federico Bravo Morata: *op. cit.,* p. 51.

20. Corresponde quizá al antiguo Hospital de Nuestra Señora de la Novena, fundado en 1765 para los actores de Madrid. Monlau, Pedro Felipe: *El amigo del forastero en Madrid y sus cercanías*. Madrid, Gaspar y Roig editores, 1850, p. 230.

21. De hecho, Manuel Azaña facilitó a Juan Ramón y Zenobia su salida de Madrid hacia París en 22 de agosto con pasaporte diplomático, destinado como Agregado cultural a Nueva York.

22. Urioste Azcorra, Carmen: *op. cit.*, p. 12.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

escoltados por el Quinto Regimiento (organizado por el Partido Comunista). La poeta dejó su papel de primogénita de una familia de rancio abolengo para convertirse, en expresión cariñosa e irónica de su marido, en la *nueva pobre*[23]. Los Domenchina vivieron en Valencia casi dos años. Allí Juan José trabajó en el *Boletín de Información de Propaganda de la República*, editado en ocho idiomas. También en la ciudad del Turia se publicó la revista *Hora de España*. Ernestina colaboró en la sección literaria. Tras casi un año en Barcelona, en febrero de 1939 están en Toulouse y parten al exilio, con pasaporte diplomático. Llegaron al puerto de Veracruz el 1 de junio[24].

---

23. Comella-Gutiérrez, Beatriz: *Ernestina de Champourcín, del exilio a Dios*. Madrid, Rialp, 2002, pp. 30-35.

24. Landeira, Joy: *Ernestina de Champourcín, vida y literatura*..., p. 17.
Ernestina afrontó el exilio de un modo realista: entre 1936 y 1952 no publicó poesía; se ganó la vida como traductora e intérprete, tradujo para el Fondo de Cultura Económica, aunque siguió participando en tertulias y revistas literarias con otros exiliados. No sólo se integró bien en México, sino que amaba y disfrutaba con todo lo relacionado con su segunda patria. En esas circunstancias, la hija republicana de los barones de Champourcín, no se ajustó tampoco a los cánones de la no creencia o la vinculación a los círculos masónicos de algunos exiliados españoles. Ella nunca abandonó la fe católica, pero su vida cristiana se enfrió hasta finales de los años 40, por las circunstancias de aquella época, sin desaparecer nunca de su horizonte personal. La lectura de *La Montaña de los siete círculos*, autobiografía de Thomas Merton, un norteamericano converso al catolicismo que se hizo monje trapense, significó un aldabonazo para ECH. La obra del trapense le sirvió de inspiración para escribir *Presencia a oscuras*, publicado en la Colección *Adonais* de poesía en 1952. Unos años antes, tuvo también contacto con el Opus Dei, en el que pidió la admisión. El acercamiento a Dios de Champourcín coincide, de hecho, con una etapa de eclosión literaria e influyó notablemente en la temática de su poesía. Pero su renacimiento cristiano no se quedó en palabras bellas, Ernestina colaboró en diversas actividades de carácter benéfico promovidas por algunas personas del Opus Dei en zonas deprimidas de México D.F. y facilitó la vuelta a la Iglesia de su marido, que murió cristianamente en 1959. Recordando a Juan José, Ernestina publicó el poema titulado *Y te quise traer un ciprés de Castilla*, que alude al deseo de su marido de volver a España.
Por otra parte, Ernestina no fue políticamente correcta al decidir volver a España en 1972, antes de la muerte de Franco; en esto, tampoco siguió a muchos conocidos republicanos. Además, sufrió al intentar adaptarse al Madrid de los años 70. La capital de España ya era una ciudad muy distinta del Madrid de los años 30 que ella recordaba. A su regreso, Ernestina entraba en el umbral de la jubilación, no porque dejara de trabajar en literatura, sino por la edad; ya no era la joven amiga de Juan José, con el que frecuentaba exposiciones, cafés, recitales y teatros, sino su viuda, con algunas facultades sensibles (la vista y el oído) mermadas, que se fueron deteriorando con el paso de los años. Echaba en falta Ernestina, el dulce trato y acento de los mexicanos, mientras comprobaba que, a algunos madrileños, con fama de apertura y simpatía, les empezaba a faltar tiempo y sosiego y a sobrar banalidad.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Mientras allí se muere: el texto en su contexto histórico y autobiográfico

Ya se ha hecho alusión al fondo histórico y autobiográfico de estos dos capítulos de la novela inconclusa de Ernestina. En las siguientes líneas, se hará mención con mayor detalle de los hechos narrados paralelos a la realidad y de su visión personal sobre los primeros meses de la guerra, es decir, de su percepción del ambiente del Madrid de entonces.

El relato se inicia con la puesta a punto de un antiguo convento abandonado para albergar a niñas procedentes de instituciones benéficas de pueblos del entorno de Madrid. Las religiosas que los regentaban habían huido debido a la persecución desatada contra los católicos y la Junta de protección de Menores debe hacerse cargo de ellas, con la ayuda de voluntarias, capitaneadas por la comunista África Millares. Aunque se trate de un nombre ficticio, es plausible que su filiación política se ajustara a la realidad. Fueron los días primeros de la Revolución, «fiebre de borrar y destruir, de echar abajo para hacer de nuevo, de prodigarse vertiginosamente, con una actividad precipitada, dispersa en mil rumbos imprecisos»[25].

Una de las primeras *sorpresas* de Miralles y sus compañeras fue que esas niñas «medrosas y cazurras» eran poco amigas del jabón e incluso alguna pensaba que bañarse desnuda era inmoral. Otras, desde su inocencia, al saber que la directora mandaba a unos obreros destruir una imagen del Sagrado Corazón del jardín, le piden que se la lleven por la noche, mientras duermen, «para que no les de pena»[26]. Sin embargo, a las pocas semanas, en las niñas se ha verificado una prodigiosa transformación: cantan con soltura *La Joven Guardia,* con el puño cerrado en alto, al saludar, excluyendo, como en su entorno, el *Adiós*, sustituido por el *Salud*[27].

Entre las voluntarias había mujeres de familia acomodada, como Camino, que nunca se habían dedicado a tareas domésticas y «se pasaban las horas, escoba en mano, entregándose con júbilo infantil a los más humildes menesteres, mientras otras, cuya vida transcurrió en ellos, se sentaban a la puerta de los edificios incautados para lanzar a los transeúntes el pueril desafío de un cigarrillo inglés»[28]. El contraste entre ambas actitudes refleja bien el cambio de *papeles* que se experimentaron en aquellos días. En las siguientes líneas, la autora toma el pulso a las distintas reacciones humanas:

> La ciudad era un hervidero humano (...) había el grupo de los que hacían la revolución, el grupo de los que se apresuraban a vivirla, el de los espectadores, quizá el más peligroso por ser el más frío y apartado, el de los diletantes, que la saboreaban gustosamente con una olímpica insolencia, burlándose de los medrosos y pusilánimes porque a ellos no les había perjudicado[29].

---

25. de Champourcín, Ernestina: *Mientras allí se muere...*, p. 86.

26. *Ibídem*, p. 187.

27. *Ibídem,* p. 189. *La Joven Guardia* era el himno de la Juventudes Socialistas Unificadas, partido marxista leninista, creado en España en marzo de 1936.

28. *Mientras allí se muere...*, p. 186.

29. *Ibídem*, p. 187.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En ese ambiente, Camino, África y sus compañeras tomaron una postura decidida y valiente:

> Pertenecían al grupo más limpio y entusiasta; aquel que saliendo del trastueque más absoluto de la sociedad en que vivían, sólo podían traerles daños materiales se adherían a él fervorosamente, dispuestas a darlo todo a cambio de nada, uniéndose al pueblo en un amplio ademán de magnífico desinterés. Aquella firme actitud significaba en muchos casos la ruptura de los últimos lazos familiares, el renunciamiento definitivo aciertas fáciles posturas cuya comodidad no eran del todo desdeñables (...) África y sus amigas barrieron, fregaron y guisaron en una semana por toda su vida, con un celo meticuloso que hubiera bastado para redimir la culpable blandura de tantas molicies pasadas[30].

En el Madrid de entonces, cualquier persona con apariencia cuidada y ademanes corteses podía ser, a los ojos de los milicianos y obreros más tocos, un fascista. Lo experimentó en su propia carne el poeta Juan Ramón Jiménez que se puso desde el primer día al lado del pueblo, ofreciéndole sin condiciones ayuda espiritual y material, fue víctima, como algunos otros, de una confusión lamentable, tal y como se relata en *Mientras allí se muere:*

> África, amiga y admiradora suya le había rogado que acudiera a su refugio para entretener a las niñas con su charla, deliciosa mezcla de imaginación e ingenio que al ponerse en contacto con la infancia cuya proximidad encantaba al poeta. Pero no todos los que trabajaban en la casa apreciaron igualmente aquel ingrávido obsequio. Ese día, los milicianos de guardia que solían renovarse continuamente y al azar sin distinción de partido, ignorando la personalidad del visitante y ajenos sin duda a toda manifestación cultural, solo se fijaron en su pulida apariencia y la barba oscura cuidadosamente peinada que servía de marco a un rostro pálido, impregnado de onda y amable espiritualidad. «Con esas barbas solo se puede ser fascista» proclamó uno de los milicianos. «Como no se vaya pronto, lo afeito» añade otro, acompañado sus palabras con nada tranquilizadores ademanes[31].

Una tarde, África Millares llamó a su amiga Camino para que llevara al Instituto Oftálmico, convertido ya en hospital de sangre, a varias niñas refugiadas que padecían conjuntivitis. Les preocupa también la escasez de víveres, especialmente frescos, para alimentar a las niñas. Por la falta de recursos, se empieza a pasar hambre y se discurren:

> Extraños menús, a base de ausencias e ilusiones. Se inauguró la edad de los filetes con tomate, pero sin filetes, de los calamares fritos sin calamares, de la mayonesa sin huevo. Las más incongruentes sustituciones serán recibidas con un interés general seguido de su adopción inmediata[32].

30. *Ibídem*, p. 187-188.

31. *Ibídem*, p. 188.

32. *Ibídem*, p. 194.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En medio de esta difícil situación, Camino ve la oportunidad de arraigar sus afectos a una causa noble y comprender que la revolución «le trajo un bien enorme; gracias a ella abandonó unos sueños estériles para verter su entusiasmo en una obra cuyo resultado práctico podía comprobar diariamente»[33].

La salida del centro de acogida sirve a la autora para describir el ambiente caótico de esos días:

> Mientras el auto atravesaba rápidamente las calles de Madrid, la enfermera y las chiquillas contemplaban en silencio el espectáculo de aquella ciudad nueva que crecía entre los escombros trágicos de un pasado muerto para siempre. Al bajar por Atocha se cruzaron con una porción de camiones, que iban sin dudar hacia el frente. Sus ocupantes, hombres de cualquier edad, trajeados de modo pintoresco y absurdo, a veces desarmados, otras llevando picos y palas con el fin de cavar trincheras, saludaban a los transeúntes alzando el puño enardecidos y colmando de improperios a los que, en vez de contestar, permanecían impasibles.
>
> El centro de la población ofrecía un aspecto inédito, extrañamente desolado y bullicioso. Los automóviles con su ir y venir zigzagueante, su vértigo interrumpido por bruscos virajes y peligrosos frenazos, contribuían sobre todo a esta transformación. Nadie tenía en cuenta las direcciones prohibidas, ni los cambios de mano. Y, todos iban a lo suyo, al combate y a la victoria, con un desasimiento absoluto de reglas y leyes, representadas en este caso por las preteridas ordenanzas municipales[34].

Los encargados de mantener el orden de ese tráfico caótico, temían más las largas colas de mujeres que esperaban alimentos racionados y permitían, en cambio, el asalto de los milicianos a las tiendas de comestibles porque consideraban que «nuestros defensores tienen derecho a todo y era justo que se les concediera»[35]. En la misma línea, llama la atención, el menú de los ingresados en el Hospital de sangre en el que trabajan África y Camino[36].

Los habitantes de los barrios humildes del sur de Madrid, muy cercanos al frente, buscaban cobijo, acarreando sus escasas pertenencias, en las viviendas abandonadas del Barrio de Salamanca. Con una fuerte metáfora lo expresa la autora: «era como si las extremidades de Madrid se desangran en una transfusión generosa, vertiendo sus rojos los botones en las pálidas venas azules del barrio aristocrático»[37]. Más adelante, se refiere al efecto de los bombardeos nocturnos: «en los barrios bajos, familias enteras se dirigían al metro, llevan-

33. *Ibídem*, p. 190.

34. *Ibídem*, p. 193.

35. *Ibídem*, p. 194.

36. Por ejemplo, se sirve a los heridos y convalecientes: sopa de cocido, ternera, ensaladilla rusa, melón y uvas. moscatel y café, p. 197. Entre las voluntarias se cita a Gaby Foster y Adelina Quirós. La primera puede identificarse con Mary Louise Foster (1865-1960) química norteamericana y directora del Laboratorio de la Residencia de Señoritas.

37. *Mientras allí se muere...*, p. 195.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

do algún lío de ropa y hasta colchones destinados a los viejos y a los chiquitines, que las madres arrastraban llorosos y adormilados»[38]. A continuación, Ernestina se refiere con un tono duro a los antiguos moradores de esas casas que, con su dinero, han podido comprar el derecho de asilo en embajadas extranjeras (entre las que se encuentra su propia familia):

> Esta raza selecta, nacida por generación espontánea al calor revolucionario y que se multiplicaba diariamente en los invernaderos y estufas de mayor o menor lujo que les protegían, es la de los fascistas, pseudo fascistas, perseguidos y pseudo perseguidos que, al amparo del derecho de asilo, se juntaron en legaciones y embajadas. Estos seres se habían elaborado un mundo aparte en el centro mismo del mundo inhóspito que desde el seguro de su escondite querían eludir[39].

El hospital se hallaba, como se ha indicado, en el barrio de Chamberí, una zona de carácter residencial, repleto de casas señoriales con jardín. Por la calle, por contraste, se oían los altavoces de las radios que repetían los partes de guerra y las notas solemnes de *La Internacional*[40]. Ernestina sigue con su crítica demoledora a sus antiguos habitantes, describiendo el nuevo uso de los inmuebles por unos beneficiarios advenedizos:

> A la puerta del palacio de enfrente, los milicianos de guardia fumaban tabaco rubio confortablemente repantigados en unos inmensos butacones ingleses, cuya piel oscura lo parecía más aún allí en la acera, como si se ruborizaran de verse al aire libre, tras tantos años de encierro entre las paredes de una biblioteca donde no se leía[41].

Pero también refleja, por otro lado, los deseos de posesión y de cambiar repentinamente de vida de algunas mujeres del pueblo al calor de la revolución: relata el caso de la lavandera que volcó el cesto de ropa en plena calle para que los transeúntes se las repartieran, segura de que no volvería a tener que lavar para comer y disfrutar de una casa ajena que tenía escogida hacía años; también se supo de una cocinera que dejó sin almuerzo a la familia donde servía, exigiendo que la señora hiciera la comida, ocupando su puesto.

El hospital tenía ocho salas con diez heridos cada una; todas las salas eran idénticas y cada una tenía una ventana más grande que las demás, junto a la puerta. Era la preferida por los heridos que podían tenerse en pie y también la más frecuentada por enfermeras y voluntarias:

> Mirar por ella era un escaparse un poco hacia el mundo, salir fuera del hospital, de los heridos y, para algunos hasta de la guerra; reconocer que aún quedan otras cosas menos crueles y menos profundas, cosas a las que se podía ir sin temor a desgarrarse en ellas la carne y el alma[42].

---

38. *Ibídem*, p. 203.

39. *Ibídem*, p. 195.

40. Entre 1919 y 1944, fue el himno oficial de la URSS.

41. *Mientras allí se muere...*, p. 198.

42. *Ibídem*, p. 199.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cuando terminaba su trabajo, sobre las diez de la noche, después de una jornada muy intensa y agotadora, Camino es capaz de estimar adecuadamente, en un rato de descanso, la situación que le circunda:

> La ciudad se había transformado rápidamente de modo tal, que un viajero ignorante de lo ocurrido podía creer que se había bajado en otra estación o que se había equivocado de país al encargar su billete[43].

El capítulo termina con una valoración general del inicio de la Guerra Civil:

> Durante los primeros días, la sed de venganza, una sed salvaje sin precedentes quizá en la historia anuló un poco la guerra atrayendo sobre su furor las miradas atónitas y estremecidas del mundo. Una angustia profunda soterrada acechando a todos ponía en peligro la integridad y la firmeza de muchas voluntades[44].

Conclusiones

En mayo de 1936, Ernestina de Champourcín, que por entonces ya era una poeta consagrada de la Generación del 27, realizó su primera incursión en la narrativa, con la novela *La casa de enfrente*. Ese mismo año o poco después debió iniciar una nueva novela *Mientras allí se muere*, ambientada en la Guerra Civil española, de la que únicamente llegaron a publicarse dos capítulos. Este nuevo proyecto no tuvo continuidad, por dos motivos: inicialmente, como reconoció años más tarde la autora, por la falta de perspectiva para escribir una novela de guerra, recién iniciada la contienda. Sin embargo, se puede apreciar que la descripción de los hechos y el ambiente revolucionario que describe es sumamente gráfico y perspicaz.

Mientras allí se muere consta de dos capítulos protagonizados por Camino (que se puede identificar con la propia Ernestina), una auxiliar de enfermería voluntaria en un centro de acogida de menores huérfanos y en un hospital de sangre en los primeros meses de la guerra civil en Madrid. En el primer capítulo, ambientado en el orfanato, se describe la situación de las niñas procedentes de instituciones benéficas del entorno próximo a Madrid, regentadas hasta entonces por religiosas. La Junta de Beneficencia y mujeres voluntarias se ocupan de instalarlas en un convento incautado e inician un plan de reeducación basado en los principios higienistas y políticos comunistas. Camino acude a recoger a varias niñas que necesitan una revisión médica. Durante el trayecto en coche al hospital, se describe la vida diaria de milicianos, amas de casa y refugiados en el caótico Madrid de otoño del 36.

El segundo capítulo, se centra en la actividad de Camino en el hospital al que llegan los heridos de los frentes de guerra cercanos; describe el cuerpo médico, ayudantes y voluntarios;

43. *Ibídem*, p. 207.

44. *Ibídem*, p. 208.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

explica la situación física y psicológica de los ingresados y su relación con el personal sanitario; pero, además, la protagonista vuelve a *asomarse* a las calles del Madrid revolucionario. Ambos capítulos poseen, por tanto, un indudable sentido autobiográfico y valor histórico. En las primeras semanas de la Guerra, hubo una auténtica «fiebre de borrar y destruir, de echar abajo para hacer de nuevo, de prodigarse vertiginosamente, con una actividad precipitada, dispersa en mil rumbos imprecisos». La autora, que ha roto sus lazos familiares, no duda en vituperar la vida regalada que han llevado hasta el inicio de la contienda las clases acomodadas y también la conducta extrema de milicianos y obreros, con rasgos tragicómicos. Ella se manifiesta como una simple voluntaria (no era poco) que desea «hacer algo por el pueblo y el gobierno» en aquellas horas difíciles.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei